

Aquelarre

Nº 2

Julio - Diciembre 2002

Revista semestral de filosofía, política, arte y cultura del
Centro Cultural de la Universidad del Tolima



Aquelarre

R



Bajo El Signo de Tlön

69



Julián Serna Arango
Profesor Universidad Tecnológica de Pereira

El presente trabajo se propone establecer algunos vínculos entre la obra de Borges y la filosofía de corte postmetafísico, tomando como punto de referencia el relato titulado "Tlön Uqbar, Orbis Tertius", porque en él se discuten las bases lingüísticas del universalismo. De allí derivan la puesta en cuestión de la antítesis realidad-ficción, así como también la imposibilidad de clasificar los textos de Borges por medio de categorías excluyentes como las de narrativa y ensayo.

mundo, definen el puesto del hombre en el mundo y extraen las moralejas correspondientes. Dicha la última palabra en torno a los interrogantes cruciales de la existencia, formulados los respectivos sistemas antisísmicos, la tarea del pensar quedaría reducida a la difusión del mensaje y a la preservación de la ortodoxia.

1. HEIDEGGER Y BORGES

Como marco de referencia de los vínculos entre Borges y el pensar posmetafísico, nos proponemos distinguir tres grandes hitos en lo que respecta al desarrollo de la filosofía:

1. La filosofía surge cuando los filósofos presocráticos toman distancia de la tradición, cuando no sólo ofrecen nuevas respuestas a viejos interrogantes, sino que además se plantean nuevos interrogantes hasta entonces impensados.

Aunque el advenimiento de la filosofía en Grecia potencia las posibilidades del pensar más allá de las tradiciones culturales consolidadas en determinado momento histórico, semejante tarea habrá de colapsar. Lejos de erigirse en guardianes de la autonomía del pensar, dispuestos a repensar los presupuestos, las presunciones, los prejuicios de la tradición de turno como habían hecho los filósofos presocráticos, los más de los filósofos pospresocráticos reivindicaron el descubrimiento del orden del



AVANCE



2. A partir de Descartes y más específicamente de Kant, el mundo deja de ser concebido como el mundo (simplemente) dado, para ser asumido, en cambio, como el mundo construido a partir de nuestra subjetividad. Diversos filósofos definen las vías por medio de las cuales se construye mundo. Las ideas innatas, las formas *a priori*, la lógica, constituyen otros tantos ejemplos en esa dirección.

Aunque el reconocimiento de la subjetividad constituye un avance sobre la postura precedente de acuerdo con la cual el mundo se reducía al mundo percibido por los sentidos, no hay solución de continuidad entre la filosofía que culmina con Descartes y la que empieza con él porque en ambos casos se buscan esencias, universales, ya en el objeto, es decir, en el mundo percibido por los sentidos, ya en el sujeto, es decir, en la mente, y en particular en los procesos de pensamiento, porque en ambos casos la actividad filosófica culmina, es decir, encalla en el descubrimiento de tales esencias.

3. A raíz del *giro lingüístico* acontecido en el último siglo, se invierte la relación entre lenguaje y pensamiento. Ayer considerado vehículo del pensamiento, el lenguaje se reconoce hoy como la red de significados y sentidos a través de la cual opera la actividad intelectual con algunas excepciones como las matemáticas en las que -de acuerdo con la escuela formalista de Hilbert- todavía pudiera hablarse de pensamiento puro. De allí derivan trascendentales consecuencias. Más que habitar un mundo percibido por los sentidos o un mundo construido bajo parámetros uniformes (ideas innatas, formas *a priori* o algoritmos lógicos), habitamos un mundo apalabrado. Así lo registran psicólogos como Watzlawick: "(...) es bien sabido que un lenguaje más que reflejar *la* realidad lo que hace es *crear una* realidad" (1).

Concebido el mundo como mundo dado o como mundo construido bajo parámetros uniformes, quienes participan de las mismas coordenadas espacio-temporales -se supone- habitan el mismo mundo; concebido el mundo como mundo apalabrado, quienes comparten dichas coordenadas, el comerciante, el artista, el político, el filósofo, en cambio, no habitan el mismo mundo, así habiten en la misma ciudad; no obstante, sus diferentes mundos presenten una serie significados culturales comunes que garantizan la posibilidad una vida en sociedad.

Afirmar que habitamos un mundo apalabrado no quiere decir ni muchos menos que el mundo se reduzca a palabras, que no haya realidad diferente del lenguaje, pero sí que los diferentes fenómenos son representados, expresados, gestados, inclusive, por nosotros a través del lenguaje, y que en esa medida participan de los presupuestos, prejuicios y presunciones por él acumulados. Si algo se comprende como algo, lo hace en medio de una totalidad de sentido preexistente, es decir, en el marco de nuestra *precomprensión de mundo* -término acuñado por Gadamer-. El mundo para nosotros estaría parcelado por un léxico, interpretado por determinados usos, comprometido con determinados hábitos lingüísticos que por supuesto no son neutrales; ellos configuran una especie de inercia, un lastre, una mentalidad de la que no resulta fácil emanciparnos.

Afirmar que habitamos un mundo apalabrado no quiere decir que el lenguaje modele la historia, así pudiera hacerlo en algunos casos, pero si quiere decir que de no mediar mutaciones de léxico y hábitos lingüísticos difícilmente se alteran las fronteras de la existencia, es decir, las fronteras entre lo que tiene sentido y lo que no tiene sentido para una comunidad dada. De allí que una reconstrucción de mundo ciertamente eficaz estaría vinculada a una mutación del lenguaje. Introducir una nueva teoría, dirá Feyerabend, implica: "(...) cambios correspondientes en el significado de los términos incluso más 'fundamentales' del lenguaje empleado" (2). No en vano podemos identificar la creación de





determinado léxico en varios de los autores decisivos de la cultura occidental, como sería Marx y Freud, Heidegger y Bajtín.

El revelo del concepto de mundo como mundo dado por la concepción de mundo como mundo apalabrado, no acontece sin dificultades, cuando debemos vencer la inercia del sentido común, la inercia más de dos veces milenaria de la forma de pensar dominante en Occidente, la forma de pensar propia de los cazadores de esencias quienes presuponen la existencia de un mundo reducido al mundo dado o a un mundo construido bajo parámetros uniformes. Leemos en Bruner: "En nuestro estado más desprevenido, somos todos Realistas Ingenuos que creemos no sólo que sabemos qué pasa 'allí afuera', sino además qué pasa allí para los demás también" (3). Aunque filósofos como Nietzsche y Heidegger avanzan en la dirección tendiente a reivindicar un concepto de mundo como mundo apalabrado, ellos dejaron sendas apenas entreabiertas como se colige de las críticas reseñadas a continuación.

Nietzsche ha sido objeto de reparos como el de Vermal: "La crítica de la metafísica en Nietzsche parece retroceder {al formular la teoría del eterno retorno} por la falta de un lenguaje propio que la pueda sacar definitivamente de los marcos que intenta superar" (4).

Hay quienes como Vitiello reconocen en el lenguaje el punto todavía pendiente del ingente esfuerzo investigativo de Heidegger, quien: "(...) nunca enfrenta la cuestión de la naturaleza de las 'estructuras' o 'formas' lingüísticas y lógicas que muestran el límite del Logos" (5), así el pensador alemán reconozca en la lógica y en la gramática ordinaria la supervivencia de las antiguas formas de construcción de mundo, el lastre que nos impediría tomar distancia del mundo construido bajo parámetros uniformes, que nos haría ver el mundo que habitamos como el único o como el último.

Entre quienes han explorado el tema relativo a la mutación de nuestros patrones lingüísticos y al desarrollo de nuevas vías

tendientes a la construcción de mundo está Borges. En particular, quisiéramos referirnos a su relato titulado: "Tlön Uqbar, Orbis Tertius".

En Tlön, reino de la ficción literaria, Borges registra la no utilización de sustantivos, y plantea como semejante mutación de orden gramatical implica la mutación de su psicología, la de su filosofía, inclusive, cuando se refiere al idealismo característico de sus habitantes.

2. LA HEGEMONÍA DEL SUSTANTIVO

Por medio del sustantivo reivindicamos la permanencia de los fenómenos, reconocemos su identidad y en esa medida facilitamos la comunicación. Por medio del nombre común evitamos distinciones superfluas o impertinentes, y de esa manera la comunicación se hace más fluida. Se aplica así el principio de economía del pensamiento, esa decir, cuando no multiplicamos innecesariamente el número de los entes. No obstante, no siempre ocurre así y los motivos no faltan.

Aunque las cosas pasan, y las más de las veces mutan o se desdoblan, la invariencia del sustantivo que sirve de etiqueta suele atemperar tales variaciones. Así por ejemplo seguimos llamando democracia a una especie de *partidocracia* patrocinada por los conglomerados financieros nada más porque allí se conserva el ritual electoral.

Así como el sustantivo llevaría a postular la permanencia de los fenómenos contra toda evidencia, la clase de los sustantivos conocida como la del nombre común más de una vez nos hace ver igualdad donde sólo hay semejanza. Ello puede ser desmascarado por supuesto. Cuando profundizamos en determinado epi-



A la izquierda





sodio tarde o temprano acudimos a sus contextos, es decir, lo particularizamos; así debamos transgredir la vocación universalista del sustantivo que le sirve de etiqueta. No sólo eso. Si un filósofo utiliza términos como "filosofía", "justicia", "cultura", sin especificar qué entiende por ellos, suele incurrir en confusiones con su colega del cubículo vecino, quien los vinculará con acepciones diferentes.

Al tiempo que hace más fluida la comunicación, el sustantivo solapa las diferencias. Ello amerita una explicación:

1. Habiendo reducido el mundo al mundo percibido por los sentidos, la individualización de los fenómenos que transcurren en el espacio percibido como extensión y el tiempo concebido como número del movimiento no suele ofrecer dificultades. De allí que utilicemos sustantivos para designar las diferentes colecciones de elementos constitutivos del mundo físico. No acontece lo mismo con los fenómenos propios del ámbito socio-cultural, y es allí cuando las dificultades provocadas por la utilización de los sustantivos se superponen a las facilidades que dispensan.

2. Ante la imposibilidad de asignar un nombre propio a cada uno de los fenómenos experimentados, bautizamos con la misma etiqueta, es decir, con un nombre común una serie de fenómenos afines. No obstante, lo que constituye una necesidad técnica del lenguaje, la de utilizar un nombre común, cuya forma sería la de un universal, lo tomamos por lo real. ¿Por qué hace carrera semejante infundio? Comprometidos con la concepción del mundo como mundo percibido, reducimos el texto a una sucesión lineal de palabras. En virtud de su autonomía virtual, las

palabras, y en particular los sustantivos, se definen al margen del respectivo contexto. Cada vez que leemos la misma palabra creemos que designa el mismo fenómeno, y de esa manera en el nombre común se incuba el germen del universalismo. Empero, tal confusión debe ser aclarada. Porque sabemos que las palabras hablan desde una tradición, en medio de un léxico, contextualizadas, y en última instancia particularizadas, se hace evidente que el nombre común, como decía Guillermo de Occam, no es más que un apodo compartido.

En Tlön el sustantivo pierde su protagonismo y es reemplazado por el verbo (en el hemisferio austral) o el adjetivo (en el hemisferio boreal). En vez de luna dirán lunacer, los primeros; "(...) aéreo claro sobre oscuro redondo" (6), los segundos. Ello de ningún modo es neutral. Bastaría un ejemplo:

Aunque utilicemos verbos y sustantivos indistintamente para referirnos a determinados fenómenos, la diferencia no siempre resulta baladí. No es lo mismo aludir a la tarea de la filosofía que a la tarea del filosofar. En el primer caso hacemos alusión a una doctrina, en el segundo caso a unos hábitos intelectuales, a unos hábitos lingüísticos, inclusive. Mientras la *filosofía* se asimila a un manual de instrucciones, el *filosofar*, en cambio, a un poner en cuestión. No todas las diferencias entre los términos *filosofía* y *filosofar* son explícitas, algunas devienen implícitas y derivan de los presupuestos con los que estarían comprometidos. Al utilizar el término *filosofía* se presupone la existencia de un mundo dado, un mundo que es menester descubrir o un mundo construido bajo parámetros uniformes que es

menester reproducir. Al usar el término *filosofar*, en cambio, se presupone la existencia de un mundo que se construye y reconstruye desde diferentes perspectivas, es decir, un mundo descentrado.

Repensar la pertinencia o impertinencia de los sustantivos dentro del proceso comunicativo como lo sugiere el relato de Borges, no implicaría ni mucho menos prescindir de ellos, sino relativizarlos. Una cosa es usar los sustantivos para fines puntuales, en contextos determinados; otra bien diferente es usarlos como si fueran conceptos a-históricos y ecuménicos; en este último caso ejercemos violencia sobre el mundo, un tipo de violencia particularmente peligrosa porque suele pasar desapercibida en cuanto la neutralidad del lenguaje constituye uno de los prejuicios más arraigados de la cotidianidad. Veamos un ejemplo. Cuando se utiliza el concepto *justicia* algunos piensan en el respeto a la ley, otros en las reivindicaciones sociales. Comprometer la utilización del término *justicia* en una u otra dirección sería parcializado.

3. UN MUNDO DIFERENTE

Porque en Tlön "(...) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas" (7), de allí derivan trascendentales consecuencias. En primer lugar, el mundo es concebido como mundo apalabrado y sus habitantes no estarían sometidos a un tribunal de última instancia que discrimine lo real de la ficción, en cuanto lejos están de reducir el mundo al percibido por los sentidos. En segundo lugar, la permanencia de los fenómenos, la misma que fundamenta el sustan-





tivo, no sería característica de Tlön ni mucho menos.

A diferencia de los cazadores de esencias, quienes rotulan sus presas con otros tantos sustantivos y las exhiben al amparo de su permanencia en ese mundo de las ideas portátil que es el diccionario, los habitantes de (...) Tlön no buscan la verdad ni siquiera la



verosimilitud; buscan el asombro" (8). Los habitantes de Tlön saben que todo acto de habla constituye un medio para incitar o alterar estados mentales, que todo acto de habla se transforma en ánimo, en sentido, y al desencadenar el asombro operan directamente sobre la mente y se ahorran los intermediarios. No en vano (...) la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología" (9), cuando su mundo se reduce a estados mentales.

Los habitantes de Tlön no buscan la verdad, las esencias, la permanencia, que sería tarea perdida;

ellos saben que los historiadores pueden (...) modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir" (10).

4. FICCIÓN Y NO FICCIÓN

Uno pudiera considerar lo sucedido en Tlön, el relevo del sustantivo por el verbo, en el hemisferio boreal, y por el adjetivo, en el hemisferio austral, y en su condición de ficción literaria, como una desviación respecto de lo (verdaderamente) acontecido, es decir, como una *licencia poética*. No faltará quien descalifique las especulaciones gramaticales de Tlön, en cuanto constituyen episodios fantásticos.

La concepción del arte como juicio de valor, como enunciado de segunda clase constituye una concepción de estirpe

positivista. Mientras el arte se asocia con la imaginación; la ciencia lo haría, en cambio, con la razón. Ello nos remite a la oposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco paralela a la distinción entre razón e imaginación en términos de Nietzsche. Mientras lo apolíneo se caracteriza por el orden, la medida, el equilibrio; lo dionisiaco, en cambio, por el entusiasmo, la pasión, la imprecisión. Borges sale al quite del maniqueísmo en cuestión, de la actitud tendiente a vincular orden, razón y realidad, de una parte; imprecisión, imaginación y ficción, de otra parte, cuan-

do dice: "(...) la imprecisión es tolerable o verosímil en literatura porque a ella propendemos siempre en la realidad" (11).

Si la realidad, o mejor, si el acontecer histórico es impreciso, ambiguo, la literatura, en cuyos relatos abundan las ironías, las metáforas, los dobles sentidos estaría a tono con él cuando superpone diversos planos de significación.

Los vínculos entre literatura y realidad registrados por Borges lo serían en detrimento de la metafísica, en cuyos tratados identificamos una concepción del mundo ordenada, precisa, y una concepción de la historia sometida a leyes. Aun cuando no suelen ocuparse de los detalles, las filosofías de la historia prevén el porvenir del hombre, de la sociedad en líneas generales. El fenómeno en cuestión se hace extensivo a otros ámbitos, así sea como parodia. Habrá textos en los que basta reconocer un par de términos para adivinar la conclusión que espera al lector luego de fatigar laboriosos rompecabezas conceptuales.

Así la literatura se clasifique como ficción desde el punto de vista de la filosofía de la historia, la cual detentaría el único relato reputado verdadero; ocurre, paradójicamente, que la última cada vez tiene menos credibilidad en los círculos académicos mientras la primera conserva su vigencia. Si las filosofías de la historia han terminado clasificadas como ficción, las obras maestras de la literatura, en cambio, profundizan, alteran, registran las experiencias de su respectiva cultura y perduran generación tras generación.

A pesar de las apariencias, la ficción no sería la de Tlön, sino la del mundo descrito por la metafísica, y en particular por las filosofía de





la historia. No en vano reitera Borges en una nota al final de uno de sus últimos libros de versos: "La filosofía y la teología son, lo sospecho, dos especies de la literatura fantástica" (12). No compara Borges a la filosofía -como metafísica- con la literatura, sino con la literatura fantástica, y de esa manera deja abierta la posibilidad de una literatura que no sería fantástica, y en ese caso bien pudiera referirse a las obras maestras de la literatura que han contribuido decididamente a la construcción y reconstrucción de la red de significados y sentidos a través de la cual se forja nuestra existencia.

5. A LA MANERA DE TLÖN

Alter ego del mundo, Tlön nos seduce por su coherencia llevada hasta las últimas consecuencias, por sus metáforas escandalosas. Pronto el mundo será Tlön, nos dice Borges, y los pocos recuerdos previos a Tlön pasarán a incrementar el inventario de la literatura fantástica...

Que Tlön, la ficción, colonice, conquiste la realidad no vale como predicción, sino como ejemplo; en otras palabras no vale como excepción sino como regla. Inverosímil sería creer que la inmersión de la realidad en la ficción haya acontecido solamente una vez. Provincianos, en el sentido más profundo del término, creemos que el mundo es así, cuando únicamente es una ficción recién ascendida a realidad. Por supuesto, tales escaladas de la ficción no son vitalicias. Ayer el materialismo dialéctico, recuerda Borges, nos sorprendió por su simetría; para muchos fue la realidad, hoy nada más es ficción. La realidad, en síntesis, no es más que una ficción compartida.

6. CONCLUSIÓN

Mientras estuvo vigente el concepto de mundo como mundo dado, los filósofos urgían a los ciudadanos o a sus respectivos líderes a sintonizarse con el orden del mundo descubierto por ellos. Mientras estuvo vigente el concepto de mundo como mundo construido bajo parámetros uniformes, los filósofos formulaban nuevos criterios para construir mundo en determinada dirección. Habiendo hecho carrera el concepto de mundo como mundo apalabrado, los filósofos apuestan por transformaciones todavía más profundas, transformaciones relativas a nuestro léxico y hábitos lingüísticos. Leemos en Rorty: "Raramente una filosofía interesante consiste en el examen de

los pro y los contra de una tesis. Por lo común es implícita o explícitamente una disputa entre un léxico establecido que se ha convertido en un estorbo y un léxico nuevo y a medio formar que vagamente promete grandes cosas" (13).

En la medida en que tales mutaciones de léxico y hábitos lingüísticos asumidas por determinado filósofo repercuten en los círculos académicos, primero, y en las prácticas pedagógicas después, su radio de acción alcanza mayores proporciones. No obstante, debemos preguntarnos: ¿Por qué harían carrera tales mutaciones? Porque responden a acontecimientos histórico-sociales que se vienen gestando de tiempo atrás. No obstante, no faltan las veces en las que por su propia inercia, por su capacidad de convocatoria determinadas mutaciones de léxico y hábitos lingüísticos terminan por inducir la construcción de su propio contexto histórico-social. No es otro el caso de la publicidad.

Si las mutaciones de léxico y hábitos lingüísticos alteran las vías tendientes a la construcción del mundo para nosotros, lo acontecido en Tlön anticipa las formulaciones de la filosofía posmetafísica, es decir, las formulaciones de una filosofía comprometida con el giro lingüístico, una filosofía que no se ocupa de los objetos, ni siquiera de las ideas, sino de las palabras, y lo hace por el camino de una literatura que toma la vía de la ficción para demostrar que la verdadera ficción es otra: la de la metafísica, la de las filosofías de la historia que creen descubrir el mundo, el "verdadero" mundo, cuando sólo son fichas, peones de un juego lingüístico que han clasificado como natural, como necesario, inclusive, cuando sólo es histórico, es decir, contingente.

Si ayer los pensadores pretendieron ser los periodistas de la Creación, y los poetas, sus heraldos; hay pensadores y poetas, no obstante, que han sido sus arietes, cuando han conquistado nuevos espacios semánticos, cuando han habilitado nuevas vías para la construcción de mundo.

En "Tlön Uqbar, Orbis Tertius", Borges no sólo se revela como un pensador heterodoxo y un narrador genial, cuando además logra fundir ambas destrezas. No sólo critica la antítesis realidad-ficción, cuando además la supera, porque en esa obra se superponen el narrador y el ensayista. No sólo lo dice, sino que además lo hace... Como pretendían los iniciados de los cultos místicos, el verdadero conocimiento opera como conocimiento transformador.



NOTAS

- (1) WATZLAWICK, Paul. *El lenguaje del cambio*. Barcelona: Herder, 1994. p. 20.
- (2) FEYERABEND, Paul. *Límites de la ciencia*. Barcelona: Paidós, 1989. p. 39
- (3) BRUNER, Jerome. *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa, 1996. p. 74
- (4) VERMÁL, Juan Luis. *La crítica de la metafísica en Nietzsche*. Madrid: Anthropos, 1987. p. 195
- (5) VITIELLO, Vincenzo. "Racionalidad hermenéutica y topología de la historia". En: *Hermenéutica y racionalidad*. Gianni Vattimo, compilador. Santafé de Bogotá: Norma, 1994. p. 219
- (6) BORGES, Jorge Luis. "Tlön Uqbar, Orbis Tertius". En: *Ficciones*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emece, 1989-1996. v. 1, p. 435
- (7) *Ibid.*, v. 1, p. 435
- (8) *Ibid.*, v. 1, p. 436
- (9) *Ibid.*, v. 1, p. 436
- (10) *Ibid.*, v. 1, p. 440
- (11) BORGES, Jorge Luis. "La postulación de la realidad". En: *Discusión*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emece, 1989-1996. v. 1, p. 218
- (12) BORGES, Jorge Luis. *La cifra*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emece, 1989-1996. v. 3, p. 340
- (13) RORTY, Richard. *Ironía, contingencia y solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991. p. 29.

